

Detrás de sus brillantes disquisiciones no era difícil intuir una preocupación emocional y aún espiritual auténtica. Creo que con casi nadie en mi vida he hablado tanto de la muerte como con Pepe y su benemérita Nililita Vientós Gastón, agnóstica declarada como él. Ya hace tiempo que tengo sabido que el agnosticismo puede ser una de las formas más altas de la espiritualidad y de la plegaria auténtica. Recuerdo innumerables reuniones en casa de Nililita en las que, al final de la noche, después de discutir acaloradamente sobre Stendhal, Víctor Hugo, sobre la política puertorriqueña--sobre tantas cosas--el tema se iba deslizando surrepticia e inexorablemente hacia la culminación que yo bien me sabía: el tema de la muerte. Una noche interrumpí nuestras propias disquisiciones y les dije: "¿Se dan cuenta de que siempre terminamos hablando del mismo tema?" Era una preocupación demasiado cercana al corazón del ilustre pensador chileno. A menudo llevaba a cabo reuniones en su casa en las que, muy a la antigua y muy a la europea, asignaba el tema que discutiríamos esa noche. El bueno de Pepe intentaba que sus comensales caribeños se comportaran con la disciplina de los cortesanos de Baldassare Castiglione, que cada noche dirimían minuciosamente un motivo temático previamente asignado. Como era de esperar, Pepe asignó una noche el tema de toda su vida--la muerte--, y fue uno de los intercambios más estremecedores que recuerdo de nuestra larguísima amistad. Las conversaciones en torno a las consecuencias y al sentido del morir nunca cesaron. En algunas reuniones, ya después de que nuestra interlocutora Nililita nos abandonara, nos apartábamos Pepe y yo a seguir nuestra prolongada, apasionadísima reflexión de décadas. De ello precisamente hablamos mi marido Arturo Echavarría y yo con él el último día que lo vimos con vida: hacer una obra significativa y capaz de suscitar respeto internacional, nos aseguraba, "es lo que da sentido a la vida". Me sobrecoge pensar que hoy, que su interrogante en torno a la muerte habrá sido contestada, me he quedado sin interlocutor. Sólo me es dado el consuelo de pensar que Pepe y Nililita estarán ahora intercambiando notas y glosando

la experiencia con renovada sabiduría, ahora empírica, como siempre exigían ambos.

La insaciable sed metafísica de mi entrañable Pepe Echeverría tocó innumerables veces a las puertas de la muerte, pero se detuvo cautelosa ante la exploración de lo que nos aguardaba más allá de la experiencia del dejar de ser. Los silbos anaranjados y los globos imposibles quedarían para Amaranta Ursula y el punto de amorosa e inimaginable luz para Dante, porque Pepe entendía que el Dios trascendente de la Patrística y la dualidad alma/cuerpo afirmada por Platón era, a la altura el siglo XX, imposible de dirimir desde la disciplina estricta de la filosofía. Su propia obra filosófica en torno al tema del morir tuvo pues un carácter inmanente antes que trascendente. Sentía Pepe--y nos lo recuerda en El morir como pauta ética del empirismo trascendental--que no podía aceptar la célebre apuesta que Pascal presenta al libertino. Si el jugador apuesta a que Dios existe, siempre gana, porque si Dios en verdad existe, lo que obtiene es la bienaventuranza eterna; si hace en cambio esta apuesta y pierde, nada pierde en realidad, salvo unos bienes y placeres a que debió renunciar, pero que de todos modos iba a perder en el momento de su muerte. Nuestro apostador inclusive habrá ganado el haber sido un hombre de bien según la moral laica. Si el jugador apuesta, en cambio, a que Dios no existe y gana, porque efectivamente Dios no existe, nada gana en rigor, puesto que los bienes y placeres que parecería ganar apostando los pierde en la muerte, y si pierde, porque Dios en verdad existe, lo perdido habrá de ser la bienaventuranza eterna. La invitación a apostar con el más allá--continúa diciéndonos Pepe Echeverría--se repite a lo largo de la historia de la filosofía. Este sentido es el que tienen las palabras que el Sócrates platónico dice hacia el final del Fedón: "es un riesgo que es hermoso correr" (114d). Pero José Echeverría habría de buscar--y son suyas las palabras--"otros modos de religiosidad" (p. 58-9). Y apuesta a su modo, "desde esta ladera", porque la Trascendencia en la que lo intuyo ahora felizmente sumergido nunca fue, como dejé dicho, el objeto de su pensamiento filosófico. Como filósofo, argumentaba que su

añoranza y su reclamo de un sentido para la vida no encontraba sino el silencio como interlocutor. Pero con su inteligencia sobrecogedora, mi amigo sin par se las arregló para palear esa oquedad inmisericorde que la Trascendencia dejaba en su pensamiento filosófico y logró, en efecto, establecer un diálogo fecundo con la muerte. Tenemos mucho que aprender de su largo asedio. José Echeverría apostó nada menos a que fuera la muerte--la misma que ahora acaba de experimentar--la que llenara de sentido su vida. Decía su admirado Montaigne: "todos los días van a la muerte, el último la alcanza" (I,XX). Y Pepe supo bien que el último día es precisamente el que nos entrega la clave del vivir:

Hace poco asistí a un concierto en el que una afamada orquesta ejecutó una sinfonía de Beethoven. Hasta que se escuchó la última nota, no pude evitar que interfiriera con el placer de escuchar esa sinfonía una oscura y pertinaz aprehensión: la de que ello no llegara a su óptimo remate, ya sea por alguna imprevisible interrupción, ya sea porque uno de los músicos emitiera una nota en falso, discordante, o se equivocara, en suma, la de que el concierto se convirtiera, a la postre, en bulla o en penosa cacofonía. Sólo cuando la ejecución terminó, pude decirme, actualizando todo el proceso de mi audición: ¡qué bien estuviol" (p. 39)

No podemos decir, argumenta Pepe, que ninguna experiencia sea realmente buena hasta que no termina. Una excursión en la playa o una reunión de amigos puede en principio interrumpirse o destruirse por una palabra inadecuada o un incidente desagradable. Sólo cuando la reunión termine podremos resolver si fue buena o no. El final de un proceso nos deja saber si tiene o no sentido, y, si lo tiene, cuál es. De ahí, la importancia de la muerte: "Si nuestro tiempo vivencial fuese infinito o indefinido,...viviríamos siempre en una espera que no se cumple. Felizmente tenemos una muerte" (p. 40). Hermosa y consoladora celebración, máxime en labios de un filósofo agnóstico. Morir para Pepe no es pues "dejar de ser, sino la posibilidad de una vivencia

que pudiera ser de acceso al ser". (p. 41). Es la muerte entonces lo que llena de sentido a la vida, incluso lo que define nuestra identidad: "El morir es, como se dice, la *hora de la verdad*: la hora que nos indica lo que de verdad hubo en nuestro vivir, lo que ha sido para nosotros el *ser de verdad* " (p. 45). Y la secuela ética que debe regir nuestra vida no se hace esperar: "Lo dicho culmina...en una *ética* : en el deber de prepararnos para un morir que genere para nosotros *una vida buena* . Cada acto nuestro ha de ser situado en el contexto de lo que queremos que nuestra vida sea". (p. 45). Para nuestro pensador, incluso los actos negativos de una vida no pueden ser juzgados debidamente hasta que queden imbricados en la totalidad de un vivir cuyo verdadero sentido la muerte nos revela: "Lo que en un momento fue tenido por un crimen, como por ejemplo, el asesinato de la usurera y de su hermana por mano de Raskolnikov, seguirá siendo tal si se le considera en ese solo momento..., pero puede revelarse como algo diferente y hasta transfigurado según el todo que llegará a alojarlo, en nuestro ejemplo: cuando al crimen de Raskolnikov se añada todo el proceso ulterior que éste vive en Siberia ...El todo de lo vivido altera, al constituirse, cada uno de los momentos que incluye". (p. 46). La lucidez de mi añorado Pepe es incontestable: imposible juzgar a los libertinos San Agustín, San Francisco o Thomas Merton a la luz única de su conducta pasada, sino a la luz de lo que supieron forjar en la totalidad fecunda de sus vidas completas.

Pese a que su pensamiento en manera alguna implica la idea de un morir como acceso a la eternidad, la muerte para Pepe tuvo una irremplazable "función como *directriz regulativa*, en cuanto a cómo debemos conducirnos, en cuanto a cómo decidir y proyectar el curso de nuestra existencia con miras a constituir una vida que, en el morir, nos fuera posible *bendecir* " (p. 52).

No me parece exagerado pensar que Pepe pudo bendecir su larga, fructífera, inspiradora existencia en su lecho de muerte. Escribía tres años antes de su deceso: "Si en tal momento [de la muerte] me fuera dada la oportunidad de reflexionar sobre mí mismo y el tiempo por mí vivido, pienso que podría decirme: yo

soy aquel que escribió sobre el morir como pauta ética de la experiencia.." (p. 51). José Echeverría es ése que escribió sobre el morir, es cierto, pero no sólo ése. Su legado de estudios en campos tan diversos como el de la filosofía, el del derecho y el de la literatura resulta verdaderamente inestimable. (Largas horas quemamos por cierto con este filósofo-abogado que también fue crítico literario discutiendo a Cervantes, a Machado y a Proust.) Su gestión de administrador preclaro honró, de otra parte, varias instituciones, como la Universidad de Puerto Rico, de la que es profesor emeritus, y la Universidad Interamericana. Este admirable chileno educado en París y viajero infatigable, apostó sin embargo a la puertorriqueñidad más auténtica y más cabal. Importa decir que Puerto Rico fue el heredero más importante de su caudal de sabiduría. Pero Pepe fue además el amigo leal, solidario, con el que compartíamos proyectos, esperanzas, metas. Sé que no estoy sola en mi desgarradora sensación de horfandad intelectual y emocional. Pepe tocó demasiadas almas en su larga vivencia que sólo su culminación--la muerte--permite ahora atisbar con perspectiva adecuada.

Ya he dicho que el escarpelo de filósofo de José Echeverría se detuvo, respetuoso, ante la Trascendencia. Pero hoy, gracias a pensadores como William James, que exploró la experiencia religiosa desde perspectivas verdaderamente amplias y ajenas a la ortodoxia eclesial, y de teólogos como Teilhard de Chardin, Thomas Merton y aún Ernesto Cardenal, entendemos la espiritualidad de otro modo. Pienso con ellos que la santidad individual se logra, entre otras cosas, en el ejercicio y exploración responsable de todos los talentos heredados. José Echeverría accedió a esta gracia de muchos modos: cuando escribió cada uno de sus numerosos libros, con cada reunión de sus clases, de su Decanato, de sus amigos, a quienes tanto hizo pensar. Entiende Cardenal en la Vida en el amor que toda criatura desea instintivamente restituirse a la fuente de Amor de la que proviene en última instancia. Así, el universo entero entona una escondida oración: el coyote cuando aúlla solitario en la noche, el ternero tierno llamando a su madre, la alondra llamando a su

compañero en la alborada. Cuando Romeo silbaba bajo el balcón de Julieta no hacía otra cosa que rezar, porque estaba intuyendo en la belleza de Julieta el Amor sin límites al que instintivamente deseaba retornar. (Bien que lo supieron Petrarca y Marsilio Ficino.) Al ejercer su identidad de enamorado cabal Romeo se santifica, como querría Chardin. Dios o el destino o la enigmática Trascendencia otorgaron precisamente esta última gracia a la vida de filósofo de José Echeverría: acceder al amor. Ciertamente que no fue la primera vez que Pepe experimentó el amor: pero sí fue la vez que éste le resultó más afortunado. El amor escribió la última página de su vida, y ésta terminó siendo una de las páginas más bellas. La fecunda experiencia vivencial de Pepe, en efecto, no se podría ponderar del todo hasta la llegada de Alicia, que se significó para él verdadera culminación y redondeamiento de una existencia ejemplarmente dedicada al saber. Fui testigo de cómo, poco antes de morir, aquejado del dolor que el herpes le causaba en el hombro, suplicó a Alicia que lo acariciara con delicadeza. Luego le tomó la mano y se la besó, diciéndole con entrañable ternura: "gracias, Alicita". Creo que en momentos como éste Pepe estaba entonando su mejor plegaria a la Trascendencia que tanto se le ocultó en vida; y accediendo a su propia santificación personal. No es mucho sospechar que aún el propio Pepe como filósofo aceptaría que esta dimensión tardía de su vida que fue el amor logrado le permitiría bendecir de veras su existencia al momento de resumirla con la muerte. Porque Pepe tuvo incluso la dicha de adquirir un nuevo nombre, una nueva identidad antes de morir: la vida le dio el don de llamarse Joseito en el amor sin par de Alicia.

Vidas paradigmáticas y llenas de sentido como la de Pepe nos dejan un vacío trágico, es verdad, pero a la vez nos acompañan siempre por su enorme fecundidad inspiradora. No creo que a mi llorado amigo, que reescribió con tanto rigor filosófico el tema elusivo de la muerte, le pareciera mal que lo despidiera haciendo más las palabras con las que Jorge Manrique celebró el sabio *ars moriendi* de otra vida que se presenta plena de veras ante el broche final de la muerte:

Así, con tal entender,
todos sentidos humanos
conservados,
cercado de su mujer,
y de sus hijos y hermanos
y criados,
dió el alma a quien se la dió,
(el cual la ponga en el cielo
en su gloria),
y aunque la vida perdió
dejónos harto consuelo
su memoria.

Luce López-Baralt
PATRIMONIO UIC
Universidad de Puerto Rico
